

El Zar de la basura: caciquismo en la Ciudad de México

*Héctor Castillo Berthier**

Perspectiva del problema

En el mundo global de los desechos y la basura en general, desde hace varias décadas, se viene hablando de la “conservación” y el “reciclaje de recursos” como dos elementos prioritarios para enfrentar los daños ambientales y sociales que se producen en todo el planeta con la generación diaria de millones y millones de toneladas de basura. Sin embargo, y muy especialmente en los países del llamado Tercer Mundo, los aspectos sociales y políticos que rodean el mundo de los desechos y a sus personajes centrales (los trabajadores de la basura), desempeñan un papel de suma importancia, ya que muchas veces las relaciones sociales de los distintos actores involucrados, se transforman en auténticos frenos y barreras que impiden tanto la modernización de los sistemas de recolección y reciclaje, como el diseño de nuevas políticas públicas y alargan indefinidamente el surgimiento de una verdadera y cada vez más necesaria conciencia ambiental por parte de la población. La existencia de estos mecanismos de control económico y político, merece un estudio paralelo al de los residuos sólidos ya que, su existencia se debe a su alto grado de probabilidad de “conservarse” y “reciclarse”, convirtiéndose en

* Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

otro tipo de “recursos” (no siempre positivos), de los cuales no se habla con mucha frecuencia o no se les valora en la dimensión social, económica y política real que mantienen en diversas sociedades.

Los trabajadores de la basura tienen distintos nombres: *Packs* y *Teugs* (estos últimos pertenecientes a una casta social inferior) en Dakar (C. Urbaine, 1986), *Wahis* y *Zabbaleen* en el Cairo (Neamatalla, 1985), *Gallinazos* en Colombia (Birbeck, 1979), *Chamberos* en Ecuador, *Buzos* en Costa Rica, *Cirujas* en Argentina, *Catadores* en Brasil, *Scavengers* o *Garbage Pickers* (Birbeck, 1979), en países de habla inglesa; *Pepenadores* o *Resoquedores* en México, en fin, nombres distintos para miles de hombres y mujeres en el mundo que tienen una misma actividad: vivir de la basura (Castillo, 2003).

A su vez, éstos, generalmente pertenecen a agrupaciones formales o informales con altos niveles de cohesión social y muchas veces con una influencia real de sus líderes en la vida política de las ciudades: ¿cómo valorar la influencia de estos grupos?; ¿cómo entender su peso específico en el diseño de la políticas ambientales?; ¿cómo poder modificar las viejas estructuras de poder de viejos líderes y caciques locales?; ¿existe alguna esperanza para que llegue la modernidad dentro de la vida de estos grupos?... ¿cuándo?

El presente artículo expone algunos de los datos más sobresalientes encontrados en la primera investigación integral que se hizo sobre la basura en la Ciudad de México. En el momento de su realización (1977-1980) y con la realidad descrita en el libro *La sociedad de la basura: caciquismo en la ciudad de México* (IIS-UNAM, 1983; 1990) se facilitó el descubrimiento al público en general, de una de las más recientes y espectaculares experiencias de caciquismo en el ámbito urbano: la historia del llamado “Zar de la basura”.

Nota metodológica

De entrada, el trabajo ofrecía un reto colosal para el investigador ya que ni la basura era considerada entonces como un “problema social”, como tampoco lo era desde el punto de vista ambiental, de salud, de la contaminación visual ni mucho menos como reflejo de una compleja e intrincada red de relaciones políticas y económicas que, por lo mismo, se encargaban de mantenerlo semioculto y con la mayor opacidad posible. Por otra parte, las estadísticas y reportes oficiales al respecto arrojaban unos cuantos datos muy sesgados, generales y sin la posibilidad de acceder a la información de los usos y costumbres que permeaban vertical y horizontalmente el mundo de los desechos urbanos.

De ahí que la primera propuesta metodológica para la realización del estudio fuera la investigación participante, que demandó mi incursión directa como trabajador barrendero del servicio de limpia, empleo que cumplí durante dos meses para que, una vez hechas las amistades y contactos necesarios, pudiera “subir de nivel” como “machetero” de un camión recolector. Desde esta perspectiva, la ciudad se veía distinta y llena de rincones oscuros que normalmente pasan desapercibidos para la mayoría de la población. Ahí descubrí el mundo de “las fincas” (negocios y empresas que arreglan sus pagos informales con los choferes), de los voluntarios, de las redes familiares y, por supuesto, de los distintos tipos de desechos y del nuevo valor que adquirirían los desperdicios conforme se aplicaba fuerza de trabajo en su selección, trituración, empaque, transporte y descarga en las empresas consumidoras de estos nuevos bienes, surgidos de la nada y de lo que la gente desecha, que ya no tienen ningún valor de uso ni de cambio... surgidos de la basura.

Un camión recolector es similar a una pequeña industria y de su trabajo dependen muchas familias que encuentran como única forma de subsistencia el trabajar con la basura de la sociedad. El camión era nuestro sitio de trabajo, pero también era lugar para el esparcimiento, el almuerzo, la comida, los negocios y era un mecanismo perfecto, infalible, que, por si fuera poco, tenía la capacidad de abrirnos las puertas de las casas, condominios, unidades habitacionales, negocios, empresas, mercados, tiendas de autoservicio, en donde conocíamos, de primera mano, esa parte, muchas veces oculta y no siempre grata que son los desechos diarios que generamos en nuestra vida cotidiana. Desde el camión, el diálogo social adquirió otra perspectiva y permitió transformar las simples relaciones sociales en un agudo análisis de lo que es nuestra realidad nacional.

Con el camión recolector podíamos entrar todos los días y prácticamente en cualquier horario, al legendario tiradero de basura Santa Cruz Meyehualco. La primera vez que intenté ingresar al tiradero (al “tiro” como le llaman los trabajadores), llegué con una cámara y una grabadora, arriba de un camión de basura, pero al ser descubierto por los pepenadores y encargados del sitio, fui violentamente expulsado y amenazado de muerte si intentaba regresar. En la entrada del tiro había un letrero grande: “Prohibida la entrada a periodistas o cualquier otra persona que no tenga permiso de la Unión”. Por ello, al llegar como trabajador, como “un mugroso más”, que sólo iba a cumplir con el trabajo de ir a depositar los desechos de la comunidad, pude establecer nuevas amistades y contactos dentro del tiradero de Meyehualco.

Todos los días, después de pasar a vender los materiales que habíamos separado en nuestro recorrido del camión a cualquiera de los más de dos mil pequeños negocios y changarros que se encargan de la “compraventa de materiales industriales”, nos dirigíamos al tiro para llevar los sobrantes y siempre a la misma familia de pepenadores. Ahí, descargábamos el camión, empezaba a trabajar la familia y era el momento propicio

para tomar una cerveza, un pulque, echar un taco o descansar un momento antes de volver al recorrido (si es que necesitábamos recorrer otras fincas), o ir a entregar materiales a empresas particulares (que nos entregaban ahí mismo los empleados del tiradero), o bien, para dar por concluido un día más de trabajo.

De estos momentos de descanso y por invitación de algunos colegas pepenadores, empecé a asistir regularmente a las actividades del tiradero: sus partidos de fútbol, las fiestas de quince años, las celebraciones colectivas, las parrandas, las misas y hasta la celebración del grito de independencia el 15 de Septiembre o la fiesta de la Virgen de Guadalupe, el Día de Reyes o el Día de las Madres, hasta que conseguí quedarme un tiempo en el interior del tiradero para transformarme en pepenador. Si la visión de la ciudad desde el camión de basura era ya de por sí oscura, la perspectiva de vivir en un tiradero, con una comunidad de cerca de 15 mil personas, en casitas de lámina y madera (pintadas de blanco y con rayas rojas que semejaran ser ladrillos, por instrucciones del cacique), con todo un vocabulario, hábitos y costumbres fuera de todo contexto por mí conocido hasta ese momento, implicó un cambio radical en mi visión de “la sociedad”: ¿quién podría hablar de la sociedad en su conjunto si no conocía esta “realidad” tan apartada de toda la realidad convencional que se nos enseñan en las escuelas?

Ahí fue cuando descubrí la presencia del líder, del dirigente que aspiraba a ser “presidente de la República”, del millonario despilfarrador, amado y odiado, respetado y temido, anárquico, violento, pero inserto perfectamente como una pieza indispensable del rompecabezas político de la ciudad, el Zar de la basura, Rafael Gutiérrez Moreno. Su avasalladora personalidad fue, sin duda, un imán de atracción para tratar de descifrar la importancia de su existencia y fue un motivo directo para la conclusión del trabajo.

Entre sus principales características habría que resaltar sus relaciones políticas con el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y los gobernantes en turno (locales y federales), paralelamente sostenía una relación de servilismo y casi esclavitud con sus trabajadores, sumados a la voracidad económica con los empresarios que compraban sus materiales. También cabe mencionar su violenta imposición machista con las mujeres, la venganza extrema con sus detractores, su menosprecio hacia los medios de comunicación y el rechazo absoluto a cualquier injerencia externa dentro de sus dominios. Estas características, conformaron una parte importante del trabajo que apareció publicado con el título de *El basurero: antropología de la miseria* (EDAMEX, 1994), en una clara alocución a los trabajos del antropólogo Oscar Lewis. En este trabajo se reseña una parte fundamental para entender “el caciquismo”, que no es otra cosa si no el entender la cultura popular de esa comunidad, que está en perfecta concordancia con la cultura dominante, con la cultura política y, por ende, con la integración social de esta forma peculiar de marginalidad (los pepenadores tenían

prohibido salir a vender sus productos fuera de los dominios del cacique, o tenían que avisar a dónde iban y pedir permiso), pero el líder tenía una vida abierta y disipada, solapada por la impunidad, y cubierta bajo el autoritarismo típico de estas épocas de la Ciudad de México.

La cultura popular del tiradero estaba fundamentada en cinco valores que, gracias a su conjunción programada y organizada, permitían la reproducción social del sistema y que eran: *el trabajo* (el líder decidía arbitrariamente quién tenía derecho a él y a sus beneficios económicos, utilizado como un arma de presión en contra de los trabajadores), *el deporte* (todos los equipos y campos de fútbol eran patrocinados por el líder y además se llamaban obligatoriamente R.G.M. (sus iniciales), *el nacionalismo* (que implicaba la visita anual al tiradero de basura de diputados, senadores, regentes de la ciudad y hasta presidentes de la República), *la religión* (que tenía su propia capilla dentro del tiradero con un padre seleccionado por el cacique y que enfocaba sus homilías en reconocer el “enorme valor” de la pobreza) y *el alcoholismo* (práctica habitual en todas las situaciones posibles: los fines de semana, las fiestas, lo mismo entre niños que entre adultos). La combinación de estos elementos valorativos, permitía al cacique refrendar su poder y ganar presencia dentro de los ámbitos de la política urbana, someter a una población perfectamente acotada en su territorio y obtener incalculables ganancias económicas por la explotación del trabajo de los pepenadores.

Una vez concluida esta parte de la investigación, se elaboró una encuesta para las 16 delegaciones políticas y se redactó una primera versión del trabajo que incluía la visión estructural y funcional del problema, así como una detallada descripción del fenómeno del caciquismo urbano encontrado al interior de los tiraderos de basura. De hecho, tiempo después de concluido el trabajo, cuando se me preguntaba ¿qué contraste en los tiraderos de basura?, sólo atinaba a responder: “una fotografía perfecta del sistema político mexicano”.

El Zar de la basura murió asesinado (como se verá posteriormente); sin embargo, su peculiar forma de dominación ha persistido y sigue vigente con sus herederos (su esposa oficial y sus hijos), quienes han sabido utilizar todos los mecanismos a su alcance para lograr su nueva legitimación con base en lo que Max Weber podría denominar la rutinización del carisma y lograr con ello la reproducción circular de esta forma peculiar de cacicazgo que ha sido parte fundamental en la formación del Estado mexicano.

Este pequeño artículo pretende introducir al lector ocasional a una reflexión analítica, fundamentada en los hechos de primera mano encontrados en esta investigación, apoyada en el uso de las categorías marxistas escogidas para su interpretación (infraestructura, superestructura, valor de uso, valor de cambio, reproducción de la fuerza de trabajo, ejército industrial de reserva intermitente o sedimentado, etcétera) y no aspira de ninguna forma a lograr una interpretación más acabada sobre los mecanismos de formación y reproducción del Estado mexicano. Tampoco permite “desmenuzar” a

detalle las muy complejas e intrincadas relaciones entre los distintos grupos de trabajadores que viven de la basura de la sociedad, sean éstos recolectores, recicladores, pepenadores o trabajadores independientes, ya que dicha información se encuentra publicada y citada a detalle en otros trabajos que aparecen en la bibliografía. Y en este sentido, llama la atención que a pesar de que desde diciembre de 1997 cambió la administración de la ciudad con la llegada de un partido político distinto al PRI y que se suponía no tendría vinculación con estos grupos caciquiles –por lo cual se esperaba alguna modificación en las relaciones tradicionales de poder–, esto no ha sucedido y los cambios realizados apenas han sido de tipo “cosmético”, ya que el trasfondo de las relaciones de poder en el ámbito de los desechos parece mantenerse intacto.

Como puede verse hay muchas dudas e interrogantes que quedan pendientes sin ser resueltas. Del mismo modo hay gran posibilidad de reinterpretación teórica que permite retomar y descifrar, desde una perspectiva comparativa, los datos más concretos del cacicazgo, su consolidación y continuidad. Pero ese es un trabajo pendiente.

La muerte del líder

El 19 de marzo de 1987, a las dos de la madrugada, fue asesinado en su casa del tiradero de basura de Santa Catarina y en su cama, de cuatro disparos, Rafael Gutiérrez Moreno, apodado por los medios de comunicación como El Zar de la basura, poderoso cacique urbano, quien fuera el constructor de uno de los imperios más impresionantes y crueles de los que se tenga memoria en la Ciudad de México.

“Mataron a Rafael...”; “Lo *madrugaron* sin darle oportunidad”. Estas dos frases empezaron a recorrer con una rapidez asombrosa el mundo de la recolecta, pepena, venta y reciclamiento de la basura de la ciudad; entre los barrenderos, chóferes, macheteros, voluntarios, pepenadores y líderes de los demás tiraderos, durante la madrugada de ese jueves.

Los ocho moradores del “búnker” de Rafael esperaban ser interrogados. Martha Alicia García, una de las múltiples esposas del líder, quien habitaba esta casa con sus hijos, hacía las primeras declaraciones:

“Lo mataron delante de mí [...] dormíamos; lo *balacearon* en nuestra recámara”.

La muerte de ese hombre parecía poner en “un hilo” el destino de un “majestuoso” imperio construido a lo largo de 25 años y que, para esas fechas, se estima que generaba una ganancia diaria de al menos 70 mil dólares al líder de los tiraderos de basura.

Amo y señor de los tiraderos a cielo abierto, regente absoluto del vidrio, del fierro, del papel, del trapo, del cartón, del hueso, del tetrapak, de la lámina, de todos los desperdicios generados por todos los habitantes de la Ciudad de México; Rafael Gutiérrez Moreno, ex

pepenador, ex chofer de carro de basura, ex líder sindical, fundador y líder vitalicio de la Unión de Pepenadores [...] ex diputado del Partido Revolucionario Institucional; patriarca benévolo, para algunos; cacique y tirano, para otros, moría dejando acéfalos –y huérfanos– a cerca de 18 mil pepenadores.¹

Sólo hubo que esperar 48 horas para que el responsable intelectual del homicidio, su propia mujer, con la que dormía esa noche, confesara:

“Yo lo mandé matar [...] pero lo volvería a hacer: era un hijo de la chingada”, declaró ante el juez 18 de lo penal, después de relatar cómo había violado en forma brutal a una de sus hermanas en meses pasados.

La historia del caciquismo está indisolublemente ligada a la historia de México. En todas sus etapas históricas y, prácticamente, en todos los escenarios posibles, han surgido figuras individuales de hombres y mujeres, que han sabido aglutinar a su alrededor toda una serie de elementos políticos, administrativos, de recursos humanos y económicos que han derivado en la conformación y el ejercicio de un poder autoritario, centralista, de carácter absoluto, con base en el cual se construyeron muchos de los actuales pilares del sistema político mexicano. Los poderes económico y político han caminado de la mano durante la historia de la humanidad y en el caso de México, esta relación se acentuó de manera muy específica con la reconstrucción del país después de la Revolución mexicana.²

En su mayoría, la vida de estos hombres y mujeres ha ido acompañada por una fuerte acumulación de poder político y económico sin importar la actividad básica a la que estuvieran orientados. En el ámbito rural, la historia de personajes como Gastón N. Santos en San Luis Potosí o Arturo Ducoing en Guanajuato, son pruebas ostensibles de un ejercicio perverso e ilimitado del poder que adquirían desde sus posiciones caciquiles. En Acapulco, Alfredo López Cisneros el “Rey Lopitos” (líder del servicio de limpia), o en la Ciudad de México, Sara Ornelas (lideranza de los billeteros de lotería) y el propio Gutiérrez Moreno, dejaron una huella histórica que se ha perpetuado en la vida social de muy diversas formas.

¹ *Unomásuno*, México, DF, 5 de julio de 1987.

² Martínez Assad ubica cinco grandes etapas de lo que llama caudillismo en la historia moderna del país, a partir de su independencia. Una primera que va de 1810 a 1876, donde el caudillismo se vincula con la desaparición del régimen colonial y el surgimiento del Estado liberal. Una segunda etapa, que va de 1876 a 1910, donde los caudillos se mueven entre la crisis del liberalismo y el surgimiento del Porfiriato; una tercera, que va de 1910 a 1920, esta etapa es la de los caudillos que logran reunir tras de sí a fuertes contingentes populares, principalmente de campesinos, para poner fin a la dictadura, hasta el caudillismo revolucionario que encauzó las tareas del nuevo Estado; una cuarta etapa, de 1920 a 1940, período que marca el fin del caudillismo revolucionario; y por último, una quinta etapa de 1940 a 1970, en la que se sustituye al caudillismo revolucionario por caciques funcionales al gobierno priísta. Martínez Assad, Carlos (2000) “Caudillismo”, en Baca Olamendi, Blanca, Fernando Castañeda e Isidro H. Cisneros (coords.), *Léxico de política*, FCE/ Flacso, México, pp. 29-31.

En el caso del cacique Gastón N. Santos, él relata en sus propias memorias cómo se había hecho propietario de tal cantidad de tierras en su natal San Luis Potosí: “Muy fácil—decía con cinismo—, simplemente les preguntaba a los campesinos: a quién quiere que le compre la tierra, ¿a usted... o a su viuda?”.

Otro caso de estudio es el político guanajuatense Arturo Ducoing, quien es calificado como “rico que entró a la política para protegerse y evitar castigo por los crímenes cometidos” entre los que se encuentran los siguientes:

en 1917 asesinó a Adolfo Chaire en su hacienda de El Salitre, en 1918 mató a una mujer de 65 años, Juana Aldabe, y a su hijo ciego Juan, que iban a San Luis de la Paz a quejarse de que Ducoing les había robado 35 cabezas de ganado, en 1920 asesinó a un hombre para robarle a la hija... en 1922 mató a Metodío Nuño. El 15 de septiembre de 1924 asesinó a Salvador Bertizo porque cortejaba a su hija, ese mismo día apuñaló hasta matar a Víctor Charre, además de asesino era un degenerado que había prostituido a sus propias hijas, Carmen y Teresa, que tienen hijos con su padre (dos y uno respectivamente), y su tercera hija, la señorita Elena Ducoing, tuvo que refugiarse en la capital para evitar la persecución de su propio padre. [Era tan prolífico que] en sus propiedades no ha respetado a ninguna de las familias de sus trabajadores y se sabe que ha procreado 69 hijos.³

Algo similar ocurre con el Zar de la basura, quien a lo largo de su vida, con 20 matrimonios “formales” procreó 45 hijos que registró con su apellido, pero que sumados a las demás esposas e hijos que aparecieron después de su muerte, llegan a ser al menos 38 mujeres y más de 100 hijos ya que, en los tiraderos que controlaba, el cacique practicaba lo que jurídicamente se conoce como el “derecho de pernada”. El número de mujeres e hijos es un símbolo de estatus entre el gremio de trabajadores de la basura, sin embargo, en el caso de este singular personaje, la situación va más allá de cualquier pronóstico ya que él mismo anunciaba su intención de llegar a procrear 180 vástagos.⁴

Cada uno de los caciques ha tenido actividades distintas, sin embargo, todos tienen una característica en común: la impunidad que otorgaba un Estado construido sobre un corporativismo y clientelismo como base de su fundamentación política. “A pesar de todas las ilegalidades cometidas y reportadas (e incluso documentadas en los archivos de la Secretaría de Gobernación), en el gobierno federal siempre hubo una actitud pasiva y una tolerancia excesiva hacia los miembros de la clase política en

³ Ernest Gruening. *Mexico and its Heritage*, Greenwood Press, Nueva York, 1968, pp. 408-409, citado por Aguayo Quezada, 2001, p. 51.

⁴ Para ampliar la información sobre la vida del líder, se sugiere revisar el libro *Basura de oro*, escrito por Ana Cecilia Treviño alias “Bambi”, Plaza y Valdés, México, 1990.

general, y los de la familia revolucionaria en particular. Podían matar, robar, violar, sin que la autoridad actuara en consecuencia. La impunidad era la regla...⁵ y gracias a ella el caciquismo pudo engendrarse y enquistarse como una “forma de hacer política”, pervirtiendo otros modos de participación social organizada.

Pese a todo, aún hoy llama la atención el caso específico del Zar de la basura, que construyó su imperio justamente con lo que la sociedad rechaza: sus desechos. A simple vista, la basura es un elemento que no tiene valor porque, en apariencia, ha perdido su valor de uso y su valor de cambio, luego entonces, ¿cómo es que a partir de esto pueda construirse una forma específica de dominación política con un enorme poder económico simultáneamente?

El presente trabajo pretende mostrar las formas de vinculación e interdependencia entre las necesidades económicas de un grupo social y las formas de ejercer el gobierno por parte de las autoridades de la ciudad durante los últimos 40 años. Esta interdependencia dio origen a un cacicazgo desmedido y voraz que se legitimó por medio de su función de intermediario político, la cual ha logrado subsistir después de la muerte del cacique, gracias a la rutinización carismática que han sabido alimentar sus sucesores.

Para lograr este objetivo, el artículo retoma parte del sistema conceptual, desarrollado en el texto *La sociedad de la basura: caciquismo en la Ciudad de México* (Castillo, 1990) y dedica una primera parte al análisis de los fenómenos económicos que se desprenden de las formas de operación en el manejo de la basura para llegar a establecer las relaciones que existen entre los distintos actores sociales inmersos en el proceso de reproducción económica del sistema.

En el segundo apartado, se presenta una revisión de las relaciones sociales bajo las categorías de la dependencia y la marginalidad, a pesar de que hoy muchos teóricos las han reemplazado por conceptos como el de exclusión social, parece pertinente revisarlas de nueva cuenta ya que el crecimiento sostenido del sector informal implica, necesariamente, una interdependencia de las estructuras sociales en donde la marginalidad empieza a tomar un lugar central para su explicación prospectiva, o sea, hay una nueva “centralidad de lo marginal”, como acotaría Alain Touraine.

En la tercera parte se describen los procesos de conformación del caciquismo urbano que giran en torno al manejo de la basura de la Ciudad de México y que presenta las características particulares de esta forma vigente de dominación social.

Finalmente, en la cuarta parte se presenta la unión de los procesos, social, político y económico para desprender de ellos algunas de las hipótesis centrales de este trabajo para concluir con una explicación funcional del sistema en su conjunto.

En una entrevista a un pepenador de los antiguos tiraderos de Santa Fe, le pre-

⁵ Sergio Aguayo Quezada, *La Charola: una historia de los Servicios de Inteligencia en México*, Grijalbo, México, 2001, p. 52.

guntaba cuál creía que era el poder más importante para los caciques de la basura, el económico o el político, a lo que me respondió sin titubear: “Pues, yo creo que es el económico, porque no conozco a ningún político que esté jodido... ¿o usted sí?”.

La economía de la basura

Para llegar a comprender el proceso de legitimación del caciquismo urbano, se debe explicar primero la propia reproducción económica del sistema, las relaciones de dependencia, la marginalidad y la estratificación que aparecen en el grupo de estudio. Estas explicaciones, a su vez, permitirán llegar a un conocimiento descriptivo y crítico de la reafirmación del caciquismo urbano como un mecanismo de dominación política con un peso específico en la sociedad contemporánea.

Los fenómenos señalados en el párrafo anterior sólo pueden ser considerados aisladamente como distintos momentos o fases del análisis del problema, ya que como una combinación en movimiento de las diferentes partes, constituyen por sí mismos el todo *social*, siendo así el objetivo principal del trabajo *hacer inteligible lo real*⁶ y no solamente producir abstracciones segregadas unas de otras.

No existen “hechos puros”, independientemente de un sistema conceptual que los consigne. Es necesario, por el contrario, recordar siempre que la teoría no puede construirse más que con base en un conocimiento profundo de lo real... pero esto es extraño al empirismo, el cual rechaza ese esfuerzo en beneficio de una simple descripción que inevitablemente permanece sin significado.⁷

Puede afirmarse que en el campo de las ciencias sociales es esencial la consideración de la unidad del todo y de las partes, ya que cada elemento no puede explicarse más que en su génesis con los demás, es decir en una dimensión necesariamente histórica.

La conexión de los fenómenos, vistos más bien como procesos activos, estaría dada para este trabajo, en una primera instancia, por la observación de “la base” con la infraestructura económica del grupo que se estudia (pepenadores y trabajadores del servicio de limpia) y que se encuentran bajo el dominio de una superestructura política y burocrática que rige a la sociedad en general. Dicha observación está orientada principalmente a la detección de las redes de interacción social que se presentan en los diferentes niveles dentro de los que se ubica el estudio con el fin de enunciar el ser de la acción, y con esto comprender la naturaleza propia del sistema.

Dentro del universo de estudio existen por lo menos dos tipos diferentes de in-

⁶ Gerard de Bernis D., “Equilibrio y regulación: una hipótesis alternativa y proposiciones de análisis”, *Revista de investigación económica*, vol. XXVIII, núm. 144, UNAM, México, p. 15.

⁷ *Ibidem*, pp. 14-15.

fraestructura económica que podrían ser analizados: el primero, referido a la base de trabajadores asalariados por el Estado que se encargan de la recolección de los desechos sólidos en la Ciudad de México, base organizada y ligada a todo el aparato político, sindical e institucional que rige sus destinos y cuyo análisis no es un elemento principal de este estudio; y el segundo, derivado de todo el conjunto de “trabajadores activos pero con una base de trabajo muy irregular”⁸ (pepenadores) que seleccionan la basura reutilizable y que están también ligados a la superestructura pero por otros medios que podrían considerarse quizá como “intermedios”, dentro de los cuales se encuentran el caciquismo y otras formas de dominación política.

De esta manera, el Estado aparece a la vez como gobierno y empresario en el primer grupo social, dando legalidad, legitimidad y ordenamiento específico a las relaciones entre la base y la superestructura, quedando los trabajadores del servicio de limpia en un rango similar al de un obrero, mientras que en el segundo tipo el Estado simplemente se limita a permitir la asociación de los pepenadores en torno a la transformación de los desechos en bienes útiles, que tienen un nuevo valor de uso, pero con reglas y acuerdos verbales que son consensuados directamente con el cacique y sus seguidores más cercanos

Esto es, la basura como deshecho conciente o inconsciente de la sociedad aparece apartada y sin valor en el ciclo tradicional marxista de la circulación de mercancías *producción-distribución-consumo* aunque de hecho, un porcentaje del desecho total, que fluctuaría entre 15 y 25 por ciento, se reincorpora a la producción de nuevos bienes de consumo. Así, al ser beneficiada la basura con el trabajo de los recolectores y los pepenadores adquiere también un valor monetario por medio del trabajo que aplican a la basura (y que por ende la transforma en producto con un valor de uso), con lo cual se integran, directa o indirectamente, a la reproducción política y económica del sistema.

Si se pudiera plantear un supuesto provisional⁹ podría argumentarse que la basura aparece como un excedente de la sociedad a la par que los pepenadores, quienes quedan contemplados en lo que algunos autores al hablar de la marginalidad definen como “población sobrante de las economías capitalistas dependientes”.¹⁰ Bien, antes de crear un sofisma a este respecto, debe quedar claro que si la basura en un determinado porcentaje deja de ser desecho, los trabajadores de limpia y los pepenadores, al emplear su fuerza de trabajo en la recuperación de este porcentaje, dejan de ser

⁸ Carlos Marx, t. I, México, 1972, pp. 544-545.

⁹ Entiéndase provisional en el sentido etimológico de la palabra, “para la visión”, un supuesto para facilitar el entendimiento posterior y no como una premisa falsa de la que se parte para llegar al conocimiento.

¹⁰ Aníbal Quijano, *Redefinición de la independencia y proceso de marginalización en América Latina*, CEPAL, mimeografiado, 1970, pp. 27-41.

¹¹ Actualmente la sección uno cuenta con 25 mil empleados, a los que se suman cerca de 6 mil vo-

“marginados” dado que se integran de manera directa al proceso de producción en la sociedad.

Pero este proceso sería una visión meramente de abajo hacia arriba, de la base a la superestructura, que explicaría la función económica de los trabajadores, aunque si se ha hablado de interacción habrá de explicarse también la otra vía de acción social, de arriba hacia abajo, de la superestructura a la base, lo que en palabras simples sería: si los recolectores y pepenadores se “benefician” con los desechos del sistema, ¿cómo se beneficia el sistema a partir de ellos?

Las relaciones que surgen a este nivel podrían ser consideradas de tipo extra económico, o sea, a nivel político principalmente y esto quedaría explicado al observar que los trabajadores han representado para el sistema, a lo largo de su historia, un grupo incondicional al servicio del gobierno, quien los ha empleado y manipulado como “masas” para la organización de los mítines y concentraciones oficiales. Los empleados de limpia y los pepenadores han sido considerados también como votos asegurados a favor del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en las elecciones municipales y federales, han servido como grupos de apoyo a las campañas políticas del ex partido oficial, e incluso, en algunas ocasiones, fueron utilizados como esquiroles para romper huelgas y como grupos de choque, tal como narran los viejos trabajadores su violenta participación en contra de los estudiantes durante el movimiento estudiantil de 1968 en apoyo del grupo de los Halcones.

Este servicio incondicional de los trabajadores hacia la superestructura es importante si tan sólo se considera que durante mucho tiempo la sección uno de limpia del Sindicato Único de Trabajadores del Gobierno del Distrito Federal (SUTGDF) ha sido la más numerosa¹¹ de las 39 secciones, mientras que los pepenadores llegaron a ser más de 15 mil en el tiempo de auge del cacique Gutiérrez Moreno. Ambos grupos de trabajadores participaron abiertamente durante muchos años en el apoyo a los gobiernos priistas, más por la fuerza y la coacción que por una postura ideológica natural, y este apoyo, o más bien, este tipo de apoyos, le fueron indispensables al Estado para ejercer acciones que en última estancia le permitían legitimar el ejercicio del poder.

El movimiento de estos dos momentos: el económico y el político permite explicar el porqué de la reproducción del sistema, dado que se crea una permanente interdependencia entre las bases y la superestructura, en donde el sistema les es necesario a los trabajadores para sobrevivir y al mismo tiempo ellos le son necesarios al sistema para reproducirse y buscar su legitimación social.

Al hablar de la reproducción del sistema y más específicamente cuando se analizan las estructuras sociales, debe reconocerse que ciertas relaciones sociales entre diversas

luntarios que no reciben sueldo y un número no determinado de eventuales que trabajan con contratos de tres meses.

¹² Alain Touraine, *Las sociedades dependientes*, Siglo XXI Editores, México, 1978, p. 45.

fracciones de un mismo estrato o de una misma clase son importantes para explicar algunos cambios en otras clases o fracciones de la misma clase, siendo así que el político que desempeñan los pepenadores en apoyo de una clase (dominante) se destaca como un papel político del lumpen proletariado en perjuicio de otras clases o de fracciones de la misma base. Pese a ello si bien se habla de fracciones de la burguesía o de fracciones de la base, no debe entenderse esto como una simple desarticulación social, dado que el fenómeno es más bien de unificación de las fracciones, unificación condicionada en primer término por su funcionalidad, misma que en todos los niveles estará a la vez orientada por diversos factores como son: valores comunes, deberes mutuos, obligaciones, responsabilidades y beneficios normalmente asociados con una comunidad.

La funcionalidad a que se hace referencia estará dirigida, en este caso particular a la recuperación de materiales aprovechables de la basura por parte de los grupos de trabajadores y a la reutilización de estos productos en la producción de bienes de consumo por parte de las empresas o industrias que requieren de estos desechos en sus ciclos productivos. Pero esto no limita las posibilidades de conflicto existentes tanto en un mismo estrato como entre las diversas capas de la estructura social, lo cual desemboca en ciertos “momentos críticos” que al parecer tienen como efecto directo una mayor unión o alianza de las fracciones de los diferentes estratos para afrontar el conflicto como se verá más adelante.

Dependencia y marginalidad

Si tratamos de ubicar el problema en un contexto más amplio, podrían retomarse algunas ideas de Alain Touraine sobre la dependencia y la marginalidad. Se da por entendido que las sociedades dependientes no pueden ser vistas únicamente en su relación con el exterior, ya que “tienen una independencia política y cultural, real, asociada a una subordinación económica, lo cual obliga a interrogarse sobre su estructura social misma”.

Es por la estructura particular que guardan este tipo de sociedades por lo que no debe hablarse de un “capitalismo dependiente” si no de “acumulación capitalista” en una sociedad dependiente. Entre las características encontradas por Touraine en estas sociedades destaca principalmente que tienden muy a menudo, a poseer un “sistema político hipertrofiado y un Estado atrofiado”, es decir, que cuanto más evolucionan más se encuentran dominados por el capitalismo extranjero y el Estado nacional, “siendo las clases nacionales actores cada vez más subalternos”.¹²

“Asimismo se encuentra una clara debilidad de la burguesía nacional, una mano de obra integrada solamente de manera marginal al proceso productivo y una sumisión directa de una gran parte del sindicalismo obrero a agentes políticos nacionalistas o populistas”.¹³

La debilidad de la sociedad nacional implica forzosamente una débil integración de las posiciones de las clases; muchas veces existe una fuerte oposición entre el funcionamiento del sistema económico centrado en el exterior y el de la sociedad propiamente nacional o regional, por lo cual las acciones desarrolladas por la base son parciales o locales sin llegar verdaderamente a una acción de clase integrada y formada en el ámbito nacional.

En una sociedad desarticulada, dice Touraine, la formación de un agente de Estado que sobrepasa y derriba el papel redistribuidor y finalmente conservador del sistema político más o menos populista es la condición primera de la integración a la sociedad nacional, a partir de esta integración, los problemas, los valores y los conflictos societarios y en consecuencia las luchas de clase pueden triunfar sobre la complejidad y la desarticulación de las acciones aisladas y también sobre la autonomía ideológica frente a la práctica. Cabe señalar que la “integración de manera marginal” de la mano de obra a que se refiere Touraine está referida al subempleo y a la desarticulación social de estos grupos dentro de las sociedades dependientes y define:

Los marginados no son un grupo si no el producto de un mecanismo social de subempleo que sobrepasa –y por mucho– lo que puede llamarse desempleo en el sector del empleo asalariado permanente... Los marginados subempleados que con frecuencia viven en condiciones miserables en vecindades y ciudades perdidas, son absorbidos por la sociedad a la vez que también son rechazados por ella, apartados y deyectados.¹⁴

La marginalidad de pobreza no representa pues, un fenómeno transitorio de corta duración. “Las barriadas (y ciudades perdidas) no son campamentos de espera que permiten al migrante (marginado) ‘adaptarse’ a la ciudad mientras la economía va generando nuevas fuentes de trabajo”.¹⁵ Es obvio que la residencia en ciudades perdidas no basta para definir la marginalidad, ni la dependencia económica en sí, ni siquiera la modernización y concentración de la industria en las grandes ciudades, o el subempleo asociado a la falta de calificación de la mano de obra. Ésta debe ser vista más bien como un (atributo de las sociedades dependientes) considerando la

¹³ *Ibidem*, p. 46.

¹⁴ *Ibidem*, p. 78.

¹⁵ Alain Touraine, “La marginalidad urbana”, *Revista mexicana de sociología*, año XXXIX, vol. XXXIX, núm. 4, IIS-UNAM, México, 1977, pp. 1105-1142.

¹⁶ Larisa Lomnitz, *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI Editores, México, 1975, p. 30.

¹⁷ Alain Touraine, “La marginalidad urbana”, *op. cit.*, p. 1129.

evolución de los sectores capitalistas, la naturaleza de las inversiones y la función del Estado mismo, “más orientado hacia el reforzamiento de las clases medias que hacia la integración de los menos favorecidos... La marginalidad es el signo del desgarramiento de toda sociedad”.¹⁶

El concepto de “marginalidad” merece ser replanteado y visto a partir de los procesos de interacción económica y social, dado que al parecer existe una fuerte barrera entre los participantes del sistema de producción industrial y los “marginados” ocupados en “labores manuales sin calificación: vigilancia, servicio doméstico, obra contratada al día, reciclaje de desechos domésticos e industriales y otros”.¹⁷ No se planteará aquí una polémica sobre la existencia y cualificación de la marginalidad como concepto estructural ni de la pobreza como concepto cuantitativo, ni de sus relaciones y diferencias, o sus definiciones.

Si bien Lomnitz en su estudio aclara que “subsisten importantes sectores que la economía no ha sido capaz de integrar funcionalmente a su esquema de producción y que estos sectores tienden a encontrarse al margen de los procesos económicos y políticos oficiales”¹⁸ parece que no se refiere de ninguna forma a la población inmersa en los procesos de recolección y reaprovechamiento de la basura, pese a que señala en párrafos anteriores “reciclaje de los desechos domésticos e industriales”¹⁹ como una ocupación de marginados sin calificación en su mano de obra.

Dependiendo de la definición o ubicación que quiera darse a la “calificación de la mano de obra”,²⁰ ésta puede aplicarse a diferentes niveles y de distintas maneras: por ejemplo, en la recolección de basura existen tractoristas, trailereros, choferes de camiones de volteo, pesadores, tomadores de tiempo y por supuesto barrenderos y voluntarios. De todos ellos, el último nivel quizá sea el que menor necesidad de calificación requiera, sin embargo, necesita certificado de primaria y otros requisitos para desempeñar su labor. Lo mismo sucede en los tiraderos de basura donde hay choferes de maquinaria pesada, capataces, pesadores, cabos y pepenadores, aunque en estos últimos hay algunos especializados en obtener vidrio o papel o trapo, según la demanda del mercado y, dados los peligros que representa la basura (incendios frecuentes, mordeduras de ratas, acumulación de ácidos corrosivos, explosiones, cortaduras, etcétera) requiere de cierta “especialización” según el material que se quiera obtener, el tipo de basura con que se esté trabajando y aun la época del año en que se desarrolle el trabajo.

No debe olvidarse que este tipo de trabajo, duro, sucio, indeseado, presenta mu-

¹⁸ Lomnitz, *op. cit.*, pp. 11-21.

¹⁹ *Ibidem*, p. 17.

²⁰ *Ibidem*, p. 11.

²¹ Carlos Marx, *op. cit.*

²² Auyero, Javier (2005), *La doble vida del clientelismo político*. Citado por Crevani.

chas veces en los países desarrollados serias dificultades para encontrar candidatos que ocupen dichas plazas, dada la poca oferta de mano de obra que existe para esas labores. No así en el caso de México ni de América Latina en donde el trabajo de selección y reutilización de desechos es una característica normal de todas las ciudades. Finalmente si hubiera de darse una definición económica de los pepenadores, ésta podría ser referida a lo que Carlos Marx define como ejército industrial de reserva intermitente o sedimentado cuando señala que son:

“[...] obreros en activo pero con una base de trabajo muy irregular. Esta categoría brinda al capital un receptáculo inagotable de fuerza de trabajo disponible. Su nivel de vida descende por debajo del nivel normal medio de la clase obrera y esto es precisamente lo que la convierte en instrumento dócil de explotación del capital. Sus características son: máxima jornada de trabajo y salario mínimo [...]”.²¹

Y por otra parte un poco más social, el concepto de Touraine al hablar de la asociación entre marginalismo y subempleo que reconoce que estos sectores sí son absorbidos por la sociedad, a la vez que también son rechazados por ella, principalmente por las miserables condiciones de vida que presentan casi siempre dichos grupos.

Esta absorción que hace la sociedad de los pepenadores estará siempre en función de la estructura social de este grupo, estructura real que guarda en sí una compleja estratificación liderada siempre por una persona, un cacique, que sirve como punto de unión entre la base y la superestructura, desempeñando un papel doble: autoritario y totalitario hacia la base; fiel dócil y comprometido hacia el Estado y la superestructura burocrática.

El contexto caciquil: clientelismo y corporativismo

El caciquismo que pretendemos entender se debe ubicar, en nuestro país, al interior de un sistema político que tuvo en el clientelismo y el corporativismo dos pilares fundamentales sin los cuales difícilmente se habría podido desarrollar; en este sentido, es necesario detenernos en este par de conceptos.

El clientelismo y sus diversas formas

El clientelismo se instituye como consecuencia de un proceso de articulación entre el Estado, el sistema político y la sociedad.²² Desde este punto de vista, la amalgama básica que hace posible el establecimiento de las redes clientelares, se constituye por

²³ Pedro Pérez, *Actores sociales y gestión de la ciudad*, pp. 5-7. Citado por Crevani (2005).

²⁴ Gerardo Munck, *La desagregación del régimen político*, p. 211. Citado por Crevani (2005).

		Tipo de actores		
		<i>Sociales</i>	<i>Económicos</i>	<i>Políticos</i>
Identidad (3)	Masas	Parroquialista (1)	Patronazgo(2)	De aparato local
del	Medios	Comunitario (4)	De excepcion (5)	De distrito (6)

Fuente: Crevani, 2005.

factores esenciales como la desigualdad propia del tipo de relación, la reciprocidad en el intercambio de bienes y servicios, y la dominación implícita que en ellas se hace presente. De este modo, es posible advertir que detrás de cada relación clientelar se encuentra una diferenciación concreta en relación con la identidad de los agentes involucrados y con el poder desigual que éstos cuentan.

Esta relación desigual de poder y dominación, unida con el hecho de que los lazos clientelares se encuentran presentes en los esquemas racionales de los agentes involucrados, permite definir una relación entre los diferentes tipos de actores que se relacionan en la sociedad, y la identidad que dichos actores poseen en términos de potencial efectivo.

Pedro Pérez²³ ubica tres tipos de actores, a saber: sociales, económicos y políticos. Por su parte, para la variable "identidad", Gerardo Munck²⁴ ubica tres tipos de agentes sociales: de masas, sectores intermedios y élites. Con el cruce de ambas Estevan Luis Crevani enumera los siguientes tipos:²⁵

1. *Clientelismo parroquialista*: incluye los individuos que desde la esfera de lo social son sujetos a necesidades de carácter primarias. En este ámbito, el intercambio puede darse mediante votos por prebenda directa, como alimentos, vestimenta, materiales de construcción, etcétera. La exclusión social y la resolución de urgencias básicas son un poderoso generador de estas relaciones clientelares.
2. *Clientelismo de patronazgo*: las relaciones laborales y de consumo, constituyen aquí un insumo significativo para la reproducción de escenarios clientelares, que pueden darse entre caciques sindicales y trabajadores. También aquí pueden incluirse a los diferentes mecanismos informales de promoción de empleo público y favores personales, a cambio de votos, lealtad política y propensión a participar de actos de movilización asociados a la propia dinámica de la vida

²³ Estevan Crevani, *Medios de comunicación, partidos políticos y representación: un escenario complejo*, Universidad de Argentina, Argentina, 2005, pp. 15-21.

²⁶ Retomamos aquí las principales ideas sostenidas por Juan Manuel Ortega Riquelme en "Corporativismo", en Baca Olamendi, Blanca..., *op.cit.*, pp. 107-109.

sindical.

3. *Clientelismo de aparato local*: en esta categoría se incluyen las relaciones clientelares que tienen por objeto la construcción de dispositivos políticos de influencia territorial o de base organizativa, orientados a la administración de caudales electorales. La figura predominante en esta categoría son los punteros; individuos que mediante la intermediación entre el electorado y los líderes territoriales, adquieren protagonismo en relación con el poder político y económico. La adhesión política pretende ser el resultado de una acción prebendaria directa.
4. *Clientelismo comunitario*: incluye a organizaciones sociales como asociaciones civiles, clubes, organizaciones no gubernamentales, eclesiásticas, profesionales, etcétera, que frente a la búsqueda de determinadas prerrogativas o beneficios comunitarios, acuden ante los líderes políticos como representantes de un poder social que emana del conjunto de socios, adherentes, fieles, miembros, afiliados, subordinados, colegas, etcétera.
5. *Clientelismo de excepción*: si bien posee ciertas similitudes con la categoría anterior, en este caso la acción se produce fundamentalmente a partir de la búsqueda de un beneficio económico, a cambio de una supuesta representación de actores económicos medios, como por ejemplo instituciones educativas, religiosas, culturales, comerciales, industriales, de servicios, de fomento, etcétera.
6. *Clientelismo de distrito*: similar al clientelismo de aparato local, éste tiene por objeto la construcción de dispositivos electorales de más amplio alcance. Se constituyen por lo general, a partir de necesidades de ascenso político a nivel de distrito o provincial. En este caso los punteros son reemplazados por la figura del referente; dirigentes territoriales que con base en circuitos o circunscripciones electorales ofrecen apoyo político a cambio de favores dentro de las diferentes estructuras funcionales de las administraciones gubernamentales.
7. *Clientelismo sectorial*: en este caso se incluye a los cuerpos directivos de federaciones, cámaras profesionales, sindicatos, organizaciones religiosas, ambientales, de ciertas agencias gubernamentales, etcétera. El objetivo, en este caso, se vincula con la posibilidad concreta de influenciar directa o indirectamente en las políticas sectoriales que los líderes políticos adoptan como programa o acción de gobierno.
8. *Clientelismo corporativo*: en esta categoría se incluye al conjunto de relaciones clientelares entre los líderes políticos y los representantes de las élites de grandes corporaciones nacionales o transnacionales financieras, industriales, de servicios, de medios de comunicación masivos, eclesiásticas, agropecuarias, etcétera. Al igual que en el caso del clientelismo de excepción, se persigue aquí un

beneficio esencialmente económico a cambio de apoyo político y económico a los líderes políticos, que indirectamente se transforman en portavoces de demandas corporativas. En esta categoría se incluyen diferentes modalidades de financiación de la actividad política, en particular los aportes para campañas electorales de alcance nacional.

9. *Clientelismo de contubernio*: la denominación de esta categoría obedece al hecho de que se ponen en juego relaciones clientelares entre diferentes élites políticas discriminadas por su carácter territorial, como el caso de la relación entre gobernadores y el poder Ejecutivo nacional. Del mismo modo, estas relaciones pueden darse en el seno parlamentario, o bien, entre determinados líderes políticos con élites de otras fuerzas políticas.

El corporativismo²⁶

El concepto de corporativismo es una noción vieja dentro del análisis político. Históricamente ha sido utilizado para describir una doctrina política que pretendió organizar a la sociedad en corporaciones o gremios. Las primeras se estructuraban con criterios jerárquicos, autónomos y funcionales de división del trabajo y se contraponían a la estructura del Estado. La supremacía del bien común sobre los intereses particulares y la solidaridad eran los principios ideológicos desde los cuales se estructuraban las corporaciones y se generaba la cooperación entre los individuos.

Phillippe Schmitter afirma que el corporativismo

se puede definir como un sistema de representación de intereses en donde las unidades constituyentes están organizadas en un número limitado de categorías únicas, obligatorias, no competitivas, jerárquicamente organizadas y funcionalmente diferenciadas, reconocidas o autorizadas [si no creadas] por el Estado y a las que se le otorga un monopolio representacional, dentro de sus respectivas categorías, a cambio de la observación de ciertos controles en la selección de sus líderes y en la articulación de sus demandas y apoyos.²⁷

Al respecto, Ortega sostiene que, reconociendo los límites de dicha definición ideal, Schmitter agregó dos subtipos a este sistema de representación de intereses. Por un lado, definió un sistema de intermediación de intereses tipo sociedad (corporativismo societal), como aquel que se encuentra enraizado en sistemas políticos liberales de-

²⁷ Phillippe Schmitter, "Still the Century of Corporativism?", *The review of politics*, enero, 1994, pp. 85-131. (Citado por Ortega, 2000).

²⁸ Gerhard Lehmbuch, "Concertation and the structure of corporatist networks", en John H. Goldthorpe (comp.) *Order and conflict in contemporary capitalism*, Clarendon, Press, Oxford, 1984 (Citado por Ortega,

mocráticos. En estos sistemas abiertos existe un sistema electoral y de partidos abierto y competitivo; un ejecutivo cuyo poder político se basa en la formación de coaliciones; distintas ideologías y fuertes diferencias culturales y un número importante de organizaciones no sólo de tipo funcional sino también territorial.

Por otra parte, un sub tipo estatal –corporativismo estatal– (en donde podemos ubicar al cacicazgo que aquí describimos), caracterizado por estar asociado a sistemas de tipo autoritario en donde existe un férreo control burocrático y centralizado sobre las organizaciones de tipo plebiscitario; en donde un partido controla y monopoliza al sistema político, en donde la ideología es una sola y se reprime el desarrollo de distintas culturas políticas.

Por su parte, Lehbruch²⁸ propone tres tipos de arreglos políticos que califica de corporativistas: a) aquellos en donde organizaciones poderosas y muy centralizadas tienen un monopolio de representación, b) aquellos en donde las organizaciones son centralizadas, monopólicas y, además, tienen una posición privilegiada en su acceso a las esferas de gobierno y c) la sociedad entre empresarios y trabajadores con el fin de regular sus conflictos y coordinada por el gobierno con el proceso de creación de políticas públicas (Lehbruch, 1984:64).

La política de la basura

Hablar de caciquismo implica hablar de un proceso determinado de liderazgo. Mismo que a su vez es entendido como “las aptitudes y hábitos de dominación en ciertos individuos y de la conducta de sumisión de otros”²⁹ aunque el liderazgo, visto en relación con el individuo, no es ningún atributo de la personalidad sino una particularidad de su papel dentro de un sistema social dado.

Max Weber³⁰ basa su estudio en los diferentes tipos de dominación, en la racionalidad e irracionalidad de la conducta humana y en la legitimidad que busca siempre la dominación para ser ejercida plena y organizadamente. Algunos autores señalan marcadas diferencias entre un tipo de liderazgo y otro, e incluso combinaciones entre diferentes tipos. En fin, las opiniones sobre el tema abundan y cubren una amplia gama de posibilidades. Para el presente estudio hemos considerado una menos formal que las anteriores pero que permite ubicar nuestro problema.

2000).

²⁹ H.C. Warren, *Dictionary of Psychology*, Houghton Mifflin, Boston, 1934.

³⁰ Max Weber, “Teoría de la organización social”, *Economía y Sociedad*, t. I, FCE, México, 1994, pp. 221-216.

³¹ Luisa Paré, *Caciquismo y poder político en el México rural*, IIS-UNAM, Siglo XXI Editores, México, 1975, p. 35.

Durante una plática, el antropólogo Sergio Alcántara Ferrer, identificaba tres tipos de líderes: el corrupto, el dirigente y el líder populista (intermedio) que surge de la combinación de los dos anteriores. El corrupto sería definido con base en su facilidad para contactarse con agentes políticos regionales o nacionales y que por propia voluntad o por presión de estos agentes se ve obligado a ceder a favor de los mecanismos tradicionales del poder nacional, en perjuicio directo de sus seguidores o representados. El dirigente, llamado así dado que la palabra líder ha adquirido con el tiempo un significado un tanto negativo en el ámbito popular, sería aquel que debido a su propio carisma, honestidad o buena reputación adquiere el cargo pero como mantiene una lealtad inquebrantable hacia el grupo, no puede ser cooptado por el poder político y esto trae consigo una serie de problemas: represión, difamación e incluso su propia eliminación física, que a fin de cuentas trunca las aspiraciones del grupo en general. Y finalmente, el tercero, definido como un *líder populista*, cuya característica principal es la intermediación y el “acuerdo”, dado que conjuga por una parte el aparato político e ideológico del Estado y por la otra, obtiene beneficios, (como recompensa a esta entrega) que son empleados para satisfacer, al menos, una parte de las aspiraciones, deseos o peticiones del grupo que representa.

En México existen ejemplos abundantes de estos tres tipos de liderazgo, quizá un poco más dentro del primero y del tercero, dado que son los más consecuentes con el desarrollo normal de la política nacional. “La verticalización y centralización del sistema requieren de agentes intermedios que llevan a cabo la política dictada desde arriba, pero con el suficiente conocimiento de la base y apoyo en ella como para asegurar la obediencia política. Estos mediadores surgen de los ex líderes populares o de los viejos caciques”.³¹ Es por ello que un elemento indispensable para la explicación del caciquismo es el concepto de articulación, ya que, como menciona Paré, por medio de estos intermediarios políticos se liga estrechamente el modo de producción dominante con el modo de producción dominado.

“Lo que denominamos caciquismo en México es una forma de control político... característica de un periodo en el que el capitalismo penetra modos de producción no capitalista”.³² Se estima que si los caciques funcionan como intermediarios entre dos modos de producción, esto es debido a que las más de las veces ellos mismos son los agentes económicos de penetración del capitalismo, ya que, si bien algunos caciques pueden ser empresarios capitalistas, originalmente la fuente de su acumulación se basa en un comercio y una usura caracterizados por la rapiña y la violencia.

Existen también otros factores muy importantes para asegurar el poder del cacique, aparte de la violencia física, como son las formas de control basadas en el fomento

³² *Idem.*, p. 35.

³³ Cornelius Wayne A., “A Structural Analysis of Urban Caciquismo in Mexico”, *Urban Anthropology*, núm. 1, vol. II, Massachusetts, 1972, pp. 234-261.

y la manipulación de los valores tradicionalmente aceptados por el grupo oprimido, que van asociados generalmente a un bajo nivel de conciencia social.

La palabra cacique se le da a cualquier individuo que ejerce una influencia exclusiva en las políticas locales. Puede ser definido como un líder autocrático cuyas características son: informal, personalista, de comportamiento arbitrario, apoyado en un coro de parientes, combatientes, agremiados o dependientes y que además hace uso de las amenazas y la violencia. Más aún, la existencia de un cacicazgo siempre ha implicado un fuerte poder individual sobre un grupo, en determinado territorio, unido por un sistema socioeconómico o cultural y manteniendo cierto grado de desconexión del sistema instituido por el gobierno que es generalmente normativo y formal.³³

Otros autores definen al caciquismo como un fenómeno de mediación política que se fundamenta en el ejercicio informal y personal del poder para proteger intereses económicos individuales o de un grupo determinado. Puede decirse que gran parte de los estudios sobre caciquismo han presentado una marcada tendencia a ubicar el problema como perteneciente casi de manera exclusiva al medio rural y en especial a las zonas más atrasadas del campo. En general, se habla del tema como de un fenómeno en vías de desaparición, asociándolo con el desarrollo industrial de los países y los efectos que éste produce en las áreas rurales.

Pablo González Casanova señala que:

[...] no resulta extraño en el proceso de desarrollo nacional ver cómo hay caciques que se oponen a la construcción de caminos y a la instalación de fábricas, y que mueven sus influencias y ejercen hasta la violencia para que no se construyan, ni los unos ni las otras. Pero ya sea que el cacique se oponga al desarrollo, o a que él mismo lo promueva, el desarrollo acaba destruyendo su poder personal.³⁴

Cornelius por su parte habla de las “muchas y significativas manifestaciones muy extendidas” del caciquismo agrario, con lo que explica que el desarrollo urbano por sí mismo no es incompatible con el surgimiento del caciquismo como modelo de liderazgo político principalmente entre los sectores de bajos ingresos.³⁵ El caciquismo urbano es común a muchos países de América Latina y existen numerosas descripciones y análisis del problema tanto en Venezuela, Nicaragua, Panamá, Perú y otras naciones, aunque de manera general casi todos identifican a estos líderes como políticos intermediarios que vinculan una parte tradicional y muchas veces desarticulada del sistema, con los sectores modernos, los partidos oficiales y en general, con la superestructura

³⁴ Pablo González Casanova, *La democracia en México*, 1977, p. 49.

³⁵ Cornelius, *op. cit.*, pp. 234-261.

³⁶ Larissa Lomnitz. “Mecanismos de articulación entre el sector informal y el sector formal urbano”, *Revista mexicana de sociología*, IIS-UNAM, año XL, vol. XL, núm. 1, México, 1978, pp. 131-153.

ideológica del Estado.

Tal es el caso de Lomnitz³⁶ que en un estudio sobre los mecanismos de articulación entre el sector informal y el sector formal urbanos detecta tres tipos de intermediarios en México: a) reclutadores de trabajo; b) caciques políticos, y c) intermediarios de producción y comercialización. Su fundamento radica en que dentro del sector formal se encuentran tres subsectores principales: a) poder –aparato administrativo del Estado–; b) capital –burguesía dueña de medios de producción–, y c) trabajo –empleados organizados en sindicatos– que no están excluidos de presentar conflictos permanentes entre sí a pesar de tener en común la “seguridad laboral” que implica un nivel mínimo de ingresos. Todo esto frente a un sector informal que carece de seguridad de empleo, nivel mínimo de ingresos y un poder político real de negociación.

Es aquí, en la articulación de estos dos amplios sectores de la sociedad, donde surgen los caciques, que por medio de ayudantes incondicionales organizan los sectores informales, imponen su voluntad, y reciben innumerables beneficios económicos procedentes del cacicazgo, mientras que por el otro lado representan a su sector ante los agentes políticos del Estado, regionales o nacionales, sirviendo de voceros y enlace entre la autoridad y la comunidad representada y algunas veces trayendo beneficios materiales concretos para sus representantes y para sus ayudantes principalmente. Para entrar de lleno en el tema de estudio se han considerado las características fundamentales del caciquismo que se encuentran ya contempladas por varios autores y algunas otras, que en conjunto, pueden ser identificables en el problema de la basura en la Ciudad de México:

1. El cacique emerge de la misma comunidad.
2. Gana su poder por imposición.
3. Sostiene a un grupo incondicional de seguidores.
4. Mantiene relaciones de servidumbre con trabajadores.
5. Es autocrático, informal, personalista y arbitrario.
6. Utiliza la violencia entre otras formas de control.
7. Es reconocido como “líder” tanto por los residentes de la comunidad como por las autoridades supralocales.
8. Es el principal canal para el otorgamiento de beneficios materiales a la comunidad y a sus seguidores.
9. Su poder económico se origina en el uso ilimitado de la usura, la rapiña y la violencia.

³⁷ Para ampliar esta información se sugiere revisar: *La sociedad de la basura...*, *El Tiradero: antropología de la miseria* y *Basura de oro*.

10. Legítima su poder ante la comunidad siendo reconocido oficialmente como parte del Estado.
11. Legítima su poder político ante el Estado con base en su enorme poder económico y su función de "líder" ante la comunidad.
12. Representa los intereses de un solo individuo o de una pequeña fracción.
13. Forma un gobierno informal dentro del propio gobierno.

Habría otras características que podrían añadirse: usa pistoleros, invierte gran parte de sus ganancias en símbolos de estatus, controla toda la organización social de la comunidad, su origen popular y el apoyo que recibe en una primera fase, que resultan contradictorios al control despótico que llega a ejercer, etcétera; casi todas esas características están relacionadas de una u otra forma con la producción de su poder económico y político.

La descripción de las características particulares del tipo de caciquismo encontrado en el estudio de la basura daría lugar a otro estudio descriptivo de las formas de ascenso social del cacique, de sus mecanismos de acumulación económica, de los hábitos cotidianos en sus relaciones personales, de su violento carácter, al que se le atribuyen asesinatos y desapariciones de enemigos y opositores, de su vida ostentosa, extrovertida y pendenciera, de sus múltiples propiedades y dinero acumulado, de sus relaciones políticas que lo llevaron a ser diputado suplente del entonces XXVI distrito y asesor del presidente de la Cámara de Diputados, de su humilde origen y del miedo que generaba su presencia en el medio de la basura. Todos estos son datos que ya están publicados en otros trabajos.³⁷

Por lo pronto, se dejan abiertas estas ideas generales que presentan diversos autores sobre los dos momentos de análisis de estudio: el económico y el socio-político, para entrar en otro apartado que interrelacione, discrimine y proponga lo que podría ser un fundamento teórico posible para analizar la basura en la Ciudad de México.

Unidad de los procesos social, político y económico

Existen ciertas hipótesis implícitas en los incisos anteriores y que valen para ser replanteadas como bases teóricas del tema de estudio. Partiendo de la reproducción del sistema social, que quedó explicada con la permanente interdependencia que existe entre la infraestructura y la superestructura de la sociedad, debemos explicar con precisión cómo puede ser analizada esta interdependencia.

³⁸ Debe quedar claro que este papel lumpen de los trabajadores se presenta también muy frecuentemente entre los asalariados por el Estado a partir de sus organizaciones grupales o sindicales.

Con objeto de racionalizar el presente estudio entenderemos por infraestructura a toda la base económica de trabajadores asalariados por el Estado (barrenderos, choferes, macheteros, etcétera) y a los independientes (pepenadores), mientras que la superestructura estará compuesta por el aparato administrativo, político e ideológico del Estado. Una visión hacia dentro de la infraestructura nos hace rechazar la idea de algunos autores que definen dos sectores fundamentales en la sociedad: el formal y el informal, dado que si bien, señalan al poder, al capital y al trabajo organizado (que cuenta con “seguridad laboral”, salarios y otras prestaciones) como elementos constitutivos del sector formal, éste sólo correspondería a la base de trabajadores asalariados y organizados sindicalmente por el Estado que se encargan de la recolección de desechos en la ciudad, de acuerdo con las directrices proporcionadas por las oficinas de limpia y transportes del entonces Departamento del Distrito Federal (DDF), segregando a los pepenadores al sector informal en el que la falta de seguridad en el trabajo, la ausencia de salarios mínimos y la falta de poder político de negociación serían sus características.

Vale decir que los pepenadores aparecen hacia el exterior como trabajadores organizados (Unión de Pepenadores del Distrito Federal, Rafael Gutiérrez Moreno, Frente único de pepenadores, AC; Unión de trabajadores de los tiraderos del DDF, etcétera), sindicalizados, con algunos cuantos programas de bienestar en sus comunidades, con una seguridad laboral relativa, ausencia de salarios mínimos establecidos y un poder político indirecto de negociación a través de sus líderes y caciques, que desde esta perspectiva hacia el exterior quizá merecerían ser considerados dentro del sector formal aunque la vida interna de estas organizaciones presenta una panorámica distinta, en donde el control del poder en los tiraderos, centralizado en un solo individuo, un cacique, permite la manipulación absoluta de la vida y destinos de los trabajadores: su trabajo, sus ingresos, su calidad de vida, sus costumbres y su ideología; así como el establecimiento de un “doble juego” del cacique: de representación popular ante la superestructura del Estado y de representante estatal ante los pepenadores, otorgando algunos beneficios a la comunidad (luz, agua, vivienda) de manera limitada que permiten ir creando un grupo de beneficiarios, que se transforman, a su vez, en seguidores incondicionales del líder y desarrollan una marcada estratificación social interna que aumenta el control ejercido sobre la población.

Son las limitaciones de la simple definición de sector formal o informal para explicar la compleja red de interacción social en el problema, las que nos hacen ubicar a los trabajadores de la basura dentro de una visión más global como la infraestructura, desde luego contemplando las peculiaridades que diferencian a un grupo de otro. Por una parte, los trabajadores asalariados por el Estado estarían en una posición de proletarios básicamente, frente a los medios de producción controlados por éste y los pepenadores –en lo que Marx define como: ejército industrial de reserva intermitente o

sedimentado— en este caso no al servicio del capital netamente, sino de las necesidades de manipulación política del Estado como grupos de apoyo irrestricto, incondicional y permanente, que sirven como esquiroles, grupos de choque, o multitudes que aclaman personajes y eligen candidatos del partido oficial, quedando su papel político como típico del lumpen-proletariado,³⁸ apoyando a una clase dominante (Estado) en perjuicio de otras, incluso de aquellas con las que podrían estar más identificados y es precisamente la dificultad, inducida por los líderes de conectarse con otros grupos sociales, lo que les impide movilizarse socialmente.

La utilización política de los trabajadores y los “beneficios” que éstos reciben del Estado a cuentagotas, aunado a toda una gama de valores, tradiciones, obligaciones, responsabilidades y deberes mutuos, serían los términos fundamentales para explicar la funcionalidad entre el Estado, la empresa industrial que utiliza los desechos y los pepenadores. Habría que llegar ahora a una definición o explicación amplia de la verdadera importancia que tiene la basura en nuestro medio, ya que, en sí se presenta como un ciclo continuo en el tiempo y se constituye en mercancía, empresa y una verdadera justificación de acciones políticas.

Si vemos de cerca el ciclo tradicional de circulación de mercancías-producción, distribución-consumo podríamos incluir un eslabón importante que amplía el ciclo y refleja más claramente la realidad: la reutilización de desechos, que liga el consumo con la nueva producción y esto es importante, dada la creciente demanda de materias primas y las recientes investigaciones sobre reaprovechamiento de desechos que en algunos países como Japón han propiciado la utilización de casi el cien por ciento de los desperdicios de la población para la fabricación de fertilizantes, pulpas para papel, gas para estufas, bloques de concreto y otros productos.

Esta situación resulta contrastante con México en donde más del 70 u 80 por ciento de los desechos queda sin utilización, muchas veces contaminando el ambiente, y permitiendo el desarrollo y arraigo de miles de personas que viven de lo que hay entre los desperdicios, a la par del fortalecimiento de un caciquismo urbano poderoso e independiente. La basura o materia prima se transforma en mercancía cuando recibe la fuerza de trabajo que le imponen los recolectores y los pepenadores que separan los desechos por grupos de productos: vidrio, papel, hueso, comida, etcétera, dependiendo, desde luego, de la demanda que haya de estos productos en las empresas industriales, y que es muy elevada y va en continuo aumento:

Basura + fuerza de trabajo = mercancía

La mercancía se entrega a las empresas industriales por varias vías: una empresa-

³⁹ La definición de “pepenadores nocturnos” se utiliza simplemente para diferenciar al grupo de indigentes o subempleados que recorren distintos rumbos de la ciudad por las noches y que trabajan en forma

rial, que correspondería a los líderes de los tiraderos que negocian directamente los volúmenes de materiales recuperados que se compran regularmente a los pepenadores de los tiraderos, otra, artesanal, en la que quedan contemplados los pepenadores nocturnos³⁹ que venden sus materiales a los pequeños comercios dedicados a la compra de “desechos industriales”, de los cuales hay más de 2 000 en el Distrito Federal, o bien directamente a grandes intermediarios o a las mismas empresas. El valor promedio de un kilo de basura aprovechada que se paga a los pepenadores es de un peso, aproximadamente, frente a los cuatro o siete pesos en promedio en que es vendido por los líderes y comerciantes de los desechos a las grandes industrias.

Hemos considerado que el trabajo es un factor importante de la producción y es en este sentido en el que se habla de la no marginalidad de los pepenadores en el proceso de producción de bienes de consumo dado que están integrados verticalmente al sistema con la fuerza de trabajo que aplican a la basura, que es, a la vez, materia prima y sin ellos probablemente no tendrían ningún uso ni u otro tipo de valor, aunque sí son marginados en cuanto se les niega la posibilidad de valorizar el capital que manejan amén del rechazo palpable que sufren cotidianamente por la sociedad organizada y que los obliga a mantenerse aislados como un clan cerrado y clandestino, oprimido por un cacique legitimado por el mismo Estado.

Este aislamiento no implica una desarticulación del sistema social, todo lo contrario, los pepenadores son trabajadores independientes a destajo que hacen posible una reproducción ampliada del capital y ésta se transforma en acumulación por parte de los líderes, quienes establecen diversos mecanismos de extracción de valor, el pago de cuotas o favores recibidos por sindicatos o asociaciones de pepenadores. Tal es el caso de la Unión de pepenadores de los tiraderos del DDF de Santa Cruz Meyehualco que a partir de 1984 se mudó a Santa Catarina, en donde está ubicado actualmente. Este sindicato tiene una doble función: primero, reproducir y asegurar un flujo constante de mercancías que van dirigidas hacia las empresas industriales: y segundo, establecer y reforzar constantemente un control político hacia la base de pepenadores que asegure, aparte de su trabajo en la selección de materiales, su participación incondicional cuando el aparato político priísta los requiera.

Una visión que pretendiera ubicar la cadena de la reutilización de desperdicios con el ciclo de circulación de mercancías, por medio de la articulación de modos de producción, con ausencia de lucha de clases, y que considerara básicamente las alianzas de grupos o la apertura para negociar entre distintos grupos, en un momento determinado, daría una imagen estática del problema, ya que deja fuera los conflictos permanentes que se presentan en las relaciones sociales de producción, negando la

independiente, del grupo de pepenadores en los tiraderos de basura.

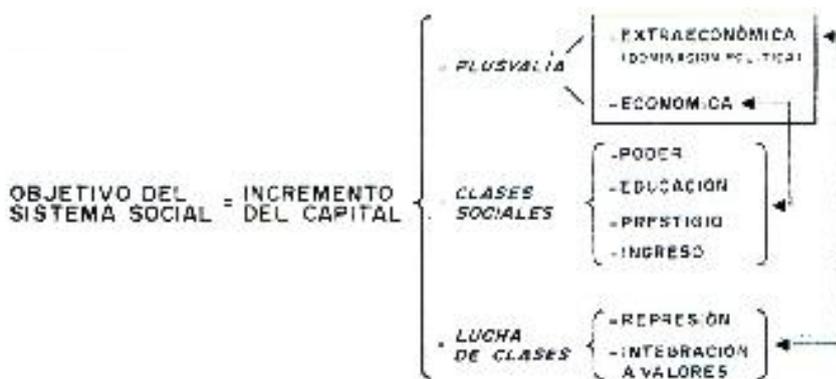
⁴⁰ Esta visión que ha sido en buena medida superada en el Distrito Federal, todavía continúa en los tiraderos a cielo abierto de los municipios del área conurbada de la Ciudad de México.

dinámica que sigue la articulación de estas relaciones, influidas invariablemente por la lucha de clases. Partiendo del concepto de lucha de clases se puede establecer el papel o la función del cacique urbano, tanto económica como política. Esto es, que un objetivo primordial del sistema social es el incremento del capital que a su vez propicia tres factores –que le son inherentes–: la plusvalía, la división de la sociedad en clases y la lucha entre las mismas. Un breve esquema puede ayudarnos a explicarlo más claramente.

La plusvalía aparece en el Esquema 1 con dos categorías (económica y extraeconómica) que a su vez están relacionadas directamente con las clases sociales y la lucha de clases. La plusvalía económica se vincula estrechamente con las características que definen y diferencian una clase social de otra: poder, prestigio, ingreso, etcétera, y su justificación se encuentra en los valores que son tradicionalmente aceptados por gran parte de la sociedad: ser rico es sinónimo de poder y de prestigio a la vez, mientras que la plusvalía extraeconómica se vincula en el mismo esquema hacia la lucha de clases, concretamente encaminado hacia la dominación política que, aparte de engendrar diversos tipos de represión y control, se fundamenta en la integración de valores comunes, que existe por parte de los grupos oprimidos.

En el caso del cacique urbano es indispensable que primero se dé en éste una aprobación de plusvalía económica que le represente, de acuerdo con su ingreso; un prestigio social que lo distinga del resto de su gremio y lo coloque en una posición influyente en la comunidad, incluso por el mismo poder económico alcanzado, y que además al ser aceptado e incluso, respetado socialmente como un ser importante fuera del ámbito de su comunidad, revierta este prestigio a una representación fuera de su

Esquema 1



medio, lo que implica un dominio determinado sobre su gente, aunque sea solamente como representante, como canalizador de peticiones o algo parecido.

Los caracteres del proceso pueden ser separados y vinculados a la vez. Sin embargo, el mismo proceso puede ser observado en sus diferentes fases como un mismo sustrato e influido por diversas condiciones referentes a la modernización y a algunas características particulares de organización social que, pese a todo, conservan entre sí un mismo sentido. Un ejemplo de esto es la simple mención de que la reproducción de la fuerza de trabajo es vital para que pueda fincarse la atávica organización social que se presentaba en los tiraderos de basura y que continúa hoy en las llamadas plantas de reciclaje. Pero, ¿cómo es que puede darse la reproducción de la fuerza de trabajo en estos lugares?

A simple vista parecía inverosímil y hasta denigrante que, cualquier ser humano, pudiera trabajar y vivir en las condiciones de los pepenadores, sumidos en la basura y en los desperdicios de la sociedad de donde obtenían su alimento y un medio para sobrevivir,⁴⁰ sin embargo, este es su entorno normal y lo defienden, y llegarían a cualquier punto con tal de no perder su derecho sobre la basura. Pero tal actitud no es sólo propia del grupo, es inducida y manipulada hábil y arbitrariamente por los líderes y caciques, quienes utilizan el temor del grupo a perder la basura para asociarlos en su necesidad y usarlos como arma política, además de extraerles una cuantiosa plusvalía que incrementa su poder económico.

Los medios que utilizaba el cacique para reproducir la fuerza de trabajo eran muchos y de muy diversos tipos, desde la coacción violenta o el castigo ejemplar a quien no acatara sus órdenes, hasta el regalo del día de las madres, la celebración del día de la Independencia, o el viaje anual que organizaba a una playa de Acapulco para más de 3 500 pepenadores. Es por esto que consideramos como un elemento indispensable en el análisis de la articulación de los pepenadores al líder, y a su vez, como consecuencia inmediata, con la superestructura social, el estudio de las distintas formas integrativas de los valores que presenta este fenómeno. Para hacer posible la reproducción económica hace falta una integración de los pepenadores que se da principalmente con base en cinco elementos con los que han jugado siempre de manera arbitraria y acomodaticia: el trabajo, el nacionalismo, el deporte, el alcohol y la religión, que son parte fundamental de la cultura popular de estos grupos.

Sería inútil aislar o separar estas formas integrativas de valores ya que se van ligando y haciéndose cada vez más interdependientes conforme avanza el proceso social. Resulta lógico pensar que los pepenadores logren unificarse e identificarse, incluso con estos valores, si consideramos que antes de la llegada de Rafael Gutiérrez Moreno –que

⁴¹ Las otras dos están: una, en bordo poniente en donde se llevó a otra parte de los pepenadores de Santa Fe parte alta, dirigida por Pablo Téllez y la tercera que fue ubicada en el tiradero de Santa Catarina

mantuvo el control absoluto de los pepenadores y de la basura de la ciudad por más de 25 años— no tenían ni siquiera esas ventajas relativas que de una u otra forma les dan la imagen de una mejor condición de vida y una mayor integración como grupo frente a la sociedad. Es la manipulación de estos valores, de lo que se han servido los caciques para reproducir fuerza de trabajo, aunada a la violencia y al miedo de los pepenadores ante la posibilidad de ser despojados de la basura. En conjunto, estas medidas resultan una especie de presión que es un simple camuflaje o mampara para reproducir el sistema de trabajo.

Debe quedar claro que ya son varias las generaciones que han vivido de la pepena en los tiraderos: abuelos, padres, hijos, etcétera; familias que han establecido todo un estilo de vida en estos lugares. Sin embargo, la población de los tiraderos se alimenta también de obreros lisiados que no pueden trabajar normalmente en una industria: cojos, tuertos, mancos, enfermos; otra parte está formada por inmigrantes del campo que quedan en los basureros como último rincón para sobrevivir en la ciudad; y, algunos más prófugos o fugitivos de la ley que buscan un sitio donde no sean buscados ni molestados.

Con esto no quiere decirse que las nuevas generaciones de hijos de pepenadores acepten su rol y permanezcan ahí sin mayor obligación. Una de las vías de ascenso en la escala social para estos jóvenes pepenadores está en la búsqueda de una integración directa al gobierno como empleados de limpia: barrenderos, voluntarios, macheteros o choferes en el mejor de los casos, trabajos que por un lado les amplíen sus ganancias y por otro les permitan quizá ayudar a sus familias llevando un viaje extra de basura, o evitar que les roben ganancias otros empleados de limpia, que en realidad son los primeros intermediarios directos en el ciclo diario de la basura.

Han quedado establecidos hasta aquí los parámetros teóricos generales, dentro de los cuales consideramos que puede ser analizado el problema de la basura como una auténtica fuente de legitimación de acciones políticas. Dichos parámetros deben ser complementados con todas las descripciones que hay de los diferentes momentos y niveles del tema de estudio, en particular, acerca del caciquismo urbano. Sin embargo, se debe tomar en cuenta que todo el proceso aquí presentado, está influido por diversos factores, pero primordialmente por la modernización y la tecnificación del sistema actual que seguramente continuará modificando su composición actual.

El maestro González Casanova nos habla de la desaparición del caciquismo con la modernización; Cornelius, del reforzamiento del caciquismo urbano en las capas sociales más bajas; Lomnitz, de la especialización cada vez más completa de estos intermediarios, pero, ¿qué ha sucedido con los miles de personas que han vivido de la basura?

Los esfuerzos del gobierno por industrializar los desechos sólidos han sido escasos

y sin mayor trascendencia. La Planta Industrializadora de Desechos Sólidos (PIDS) que construyera el DDF en 1974 para procesar 500 toneladas por día de basura dando empleo a poco más de 80 personas fue un fracaso, nunca llegó a trabajar a toda su capacidad, el resto ya se sabe: falta de mantenimiento, rapiña, mala administración, la echaron al olvido. De los 40 pepenadores que sacaron de los tiraderos para darles empleo no quedó ninguno entre los dos primeros meses, las casas que les dieron del Infonavit fueron vendidas en partes, puertas, vidrios, ladrillos, muebles de baño, etcétera, y los reportes de la Dirección general de servicios urbanos del DDF hablaban de que se requería una gran labor para enseñar a vivir decentemente a estas personas.

Posteriormente, a mediados de la década de 1980, el gobierno de la ciudad construyó ahí un inmenso incinerador que nunca llegó a operar y posteriormente, con el cierre de los tiraderos de Santa Fe parte baja, se concesionó la planta a uno de los antiguos líderes de los pepenadores, José Valdés “El Dientón”, ex ayudante de Gutiérrez Moreno, quien dirige actualmente una de las tres plantas recicladoras⁴¹ que subvenciona el Gobierno del Distrito Federal (GDF) para que sigan trabajando ahí los pepenadores de los antiguos tiraderos. Aun así las ganancias de la basura son enormes, se estima que tan sólo el Zar de la basura recibía diariamente cerca de 70 mil dólares de ganancia, de los cuales, una parte servía para repartirla de muy diversas formas entre políticos, funcionarios de los gobiernos locales y operadores del sistema. Sin embargo, un análisis detallado sobre la potencialidad de uso y negocio de los desechos, es un trabajo que aún está pendiente en todo el país.

Conclusiones

La muerte del Zar de la basura sacó a la luz pública los sórdidos relatos y leyendas que se habían acumulado en torno a su persona. En un principio se pensó que con su muerte vendría un desmoronamiento del llamado “Imperio de la basura”, sin embargo, no fue así, las organizaciones de pepenadores siguieron trabajando en forma normal. Rafael, con la Unión de pepenadores Rafael Gutiérrez Moreno, no sólo consolidó su poder, sino que ha permitido reproducirlo aun en su ausencia, lo cual es un claro indicador de la presencia de una organización burocrática formal surgida de un poder carismático que cumplió ya 15 años de consolidarse por cuenta propia.

Entre los pepenadores existen dos opiniones generalizadas sobre la forma en que mataron al líder, una que dice: “es una lástima que se haya ido, él ha sido el mejor

(64 ha) que es propiedad de la familia Gutiérrez Moreno en donde se trasladó en 1984 el viejo tiradero de Santa Cruz Meyehualco.

⁴² Una de las frases predilectas de Rafael era: “La tierra es de quien la trabaja y la basura es de los pepenadores que la trabajan”.

líder que hemos tenido y no merecía morir así”; pero existe otra también muy difundida: “no merecía morir así de tranquilito, primero lo debieron de haber arrastrado y humillado por el piso, como perro, tal como nos hacía hacer a los que no estábamos conformes con que nos siguiera robando”. Ambas versiones son válidas y reflejan no sólo su contradictoria personalidad sino la limitada visión que tuvo en su desempeño como jerarca de la basura, ya que, una parte de sus esfuerzos los dedicó a proteger a “su gente” y la propiedad de éstos sobre la basura.⁴² No fue nunca más allá para entender lo anacrónico que resultan los tiraderos de basura a cielo abierto para la ciudad, o los efectos negativos que causan al ambiente y a la gente que vive y trabaja en estos sitios –alta mortalidad infantil, disminución de la expectativa de vida, alcoholismo, analfabetismo, etcétera– y, mucho menos, la imperiosa necesidad de construir un verdadero proceso de modernización en el manejo de los desechos.

Rafael consideraba los tiraderos como zonas de “propiedad privada” en donde no debía entrar nadie sin su previa autorización. Su dominio sobre los tiraderos fue tal que, en Santa Cruz Meyehualco, que comprendía 160 hectáreas de terreno, se recibió basura por más de 25 años sin ningún control de relleno sanitario o de cualquier otro tipo en este periodo, lo que erosionó completamente el lugar. En 1983, año en que se dio el cierre definitivo de Meyehualco, Rafael negoció con el gobierno de la ciudad el traslado de los pepenadores a un nuevo sitio, Santa Catarina, con 64 hectáreas de tierras ejidales, que fueron compradas a un particular y en forma ilegal por Rafael a donde llevó a los pepenadores para seguir viviendo en las mismas condiciones que el tiradero anterior, y aunque actualmente una de sus viudas y su hijo, manejan el negocio, la idea de propiedad y control sobre los procesos de la pepena y el reciclaje se mantienen intactos con sus sucesores.

Hoy sabemos que junto a los tiraderos de basura se construían fábricas ladrilleras que utilizaban parte de los desechos para calentar sus hornos; que se instalaban criaderos de puercos alimentados con desechos orgánicos; que al interior de estos grupos se fueron consolidando algunos liderazgos que, dado el proceso de fortalecimiento del poder político central con base en el PRI, aunados a la continuidad de un amplio movimiento sindical (SUTGDF) y la presencia del cacicazgo como forma de control y dominación política, son elementos claves en la conformación de los grupos de trabajadores que al paso de los años siguen desempeñando un papel de freno y retroceso a las nuevas formas de reutilización y disposición final de los desechos que demanda la ciudad. Un ejemplo de esto es el paro de actividades organizado en mayo del 2002 por parte de la sección uno del SUTGD, como forma de presión política para el PRI frente a una administración perredista y cuya única limitante –y por la cual el “paro” terminó en 24 horas– fue la necesidad diaria de atender el negocio de la basura, que

⁴³ “Denuncia Sedesol bloquea a programa”, *Reforma*, 20 de agosto de 2002, p. 2A.

permite llevar el alimento para más de 40 mil familias día con día.

En sociedades como la nuestra, la propia verticalidad y autoritarismo del sistema político han requerido de “agentes intermediarios” que lleven a cabo las políticas dictadas desde las cúpulas oficiales y que adicionalmente tengan un conocimiento y amplio arraigo en las bases populares, así como el apoyo de las mismas. Es por lo anterior que un elemento indispensable para la explicación del caciquismo es el concepto de articulación, ya que por medio de estos intermediarios políticos se liga estrechamente el modo de producción dominante con el modo de producción dominado.

El cacique es el vínculo para la conexión y comunicación entre toda una estructura jurídico-política (el Estado) y los beneficios que ésta pueda otorgar (servicios de salud, vivienda, luz, agua potable, despensas alimenticias, escuela, etcétera) a los trabajadores, pepenadores en este caso. Es en la articulación de estos dos amplios sectores de la sociedad donde surgen los caciques, que por medio de un grupo de “corifeos” y ayudantes incondicionales legitiman la informalidad, imponiendo su voluntad y recibiendo innumerables beneficios económicos procedentes del cacicazgo, mientras que por otro lado representan y organizan a su “sector” frente a los agentes políticos del Estado, sirviendo de voceros y enlace entre la autoridad y la comunidad representada y, algunas veces, trayendo beneficios materiales concretos para la masa de trabajadores.

La metáfora del “reloj de arena” podría servir para explicar el papel del líder en el proceso de selección y pepena de la basura: de arriba hacia abajo está la estructura del Estado en donde todos los beneficios que puede (y debe) proporcionar pasan por el “cuello” del reloj en donde está ubicado el cacique; éste los recibe, da su beneplácito, se congratula con las autoridades y los administra de tal forma que le permitan fortalecer su poder (real y virtual) político y económico. De manera inversa, en la base del reloj, está el grupo mayoritario de pepenadores, seguidos hacia arriba, pero en menor número, por los encargados de los pesaderos, la maquinaria, los supervisores, los “cabos”, etcétera, luego seguirían los pagadores, compradores y después, la gente más cercana al líder quienes ejercen el poder a trasmano y finalmente el líder que es el punto de conexión con las dos esferas del reloj.

Para el líder, el control de los trabajadores le permite comprar los materiales reciclados al precio que él imponga –cuando no es que los obliga a regalárselos, como era el caso de la lámina y las latas– para después venderlo con un sobreprecio ocho o diez veces mayor a las industrias que reutilizan estos materiales, al mismo tiempo de aparecer ante sus agremiados como el “buen patrón” que les acerca los beneficios que otorga el Estado. Para el gobierno este intercambio fue singularmente fructífero en el momento de las campañas políticas del PRI (grupos de acarreados), las votaciones (votos incondicionales) o, en casos extremos, como grupos de presión o de choque, ya sea para romper huelgas, presionar a una dependencia pública o para “hacer bulto”

pero con una presencia identificada partidariamente.

Se habla de que por muchos años los pepenadores fueron parte del “pueblo escenográfico” que lo mismo asistía al aeropuerto internacional a darle la bienvenida a algún distinguido visitante, que a cantarle las mañanitas al “tapado”, a romper la huelga de alguna empresa o como grupo de choque, tal como sucedió con el grupo de los Halcones en 1971, entre cuyos contingentes estuvo uno conformado, casi exclusivamente, por miembros del sindicato de recolectores y de los pepenadores de la ciudad, lo cual para el Estado fue sumamente valioso.

El problema de los cacicazgos es que, muchos de ellos trascienden al líder, y su poder se perpetúa gracias al carisma ganado por el líder original (Max Weber, 1944) y en el caso de la Ciudad de México, a pesar de que el señor Rafael Gutiérrez Moreno, El Zar de la basura, fue asesinado por una de sus 38 esposas en 1987, su liderazgo quedó en manos de sus herederos—su esposa Guillermina de la Torre y sus hijos Cuauhtémoc y Norma Gutiérrez de la Torre, quienes han sido diputados asambleístas por el PRI—, y ellos han tenido buen cuidado de salvaguardar los intereses económicos y políticos que representa el manejo de los pepenadores de la capital hasta la fecha.

Carlos Hank González, ex regente de la Ciudad de México, decía que “un político pobre es un pobre político” y, más recientemente, el senador panista Diego Fernández de Cevallos externaba sus recomendaciones a un grupo de jóvenes estudiantes que desean incorporarse a la política para pedirles que no dependieran de sus ingresos en la política, es decir, que contaran ya con una suma considerable de dinero para, según él, “no pervertir el sentido de la política”, situación en la que encajan perfectamente los herederos del desaparecido cacique si eso fuera lo indispensable que necesita un político.

Técnicamente no debería ser tan difícil instalar más y mejores sistemas sanitarios de recolección y disposición de desechos, pero los miles de pepenadores y trabajadores del servicio de limpia que viven y trabajan en eso, temen por lo que es la única fuente de sobrevivencia que ellos conocen, en un mundo que en apariencia no los quiere, no los reconoce y que cree que no los necesita. El manejo de la basura genera muchas fuentes de empleo, para ellos, para sus familiares y allegados, para las fábricas que dependen de su trabajo y, se quiera o no reconocer, desarrollan un trabajo que, aunque marginal, es útil y apoya a la ecología y al ambiente.

El tema del cacicazgo está vigente en nuestra sociedad, su combate y control son temas de actualidad en la agenda pública. “Nunca falta el empresario, el ganadero, el sacerdote, el líder que quiere imponer su voluntad [...] hay cacicazgos de todo tipo y muchas veces, aunque se hacen asambleas comunitarias, quienes quieren imponer los proyectos que les convienen a ellos de manera particular son los caciques. Romper eso es lo más difícil”, señaló el encargado de enlazar el trabajo de 14 secretarías de Estado vinculadas al principal proyecto de Vicente Fox para combatir la pobreza, el

Programa nacional de atención a 250 microrregiones.⁴³

La historia del liderazgo en el ámbito de la basura en la Ciudad de México es recurrente, cíclica y hasta podría calificarse como “autoreciclable”, ya sea por parte del sindicato de los trabajadores del servicio de recolección, o bien por parte de los pepenadores y recicladores que están hoy en las tres plantas instaladas por el gobierno, más los que aún permanecen en los tiraderos a cielo abierto de la zona metropolitana. El poder caciquil en estos grupos es todavía muy fuerte y cerrado en un pequeño círculo de familiares y gente cercana al negocio. Los viejos tiraderos de basura fueron cerrados y hoy son parte del pasado; las familias de pepenadores mudaron sus hogares y sus sitios de trabajo pero siguen activos y vigentes; los liderazgos se reagruparon y adaptaron sus hábitos en la búsqueda de su sobrevivencia. Tal parece que la basura, el caciquismo y la premodernidad del Estado siguen caminando juntos, tomados de la mano... como en los mejores tiempos.

Debido a esto, el principal reto actual es revertir la impunidad que otorgaba un Estado construido sobre un corporativismo y un clientelismo como base de su fundamentación política, para instalar en forma definitiva un estado de derecho que regule y ponga límites a los abusos que genera el poder caciquil. Hay un mensaje oculto en todo esto, pero falta saber si habrá alguien capaz de poder descifrarlo en beneficio de la ansiada modernidad política del país.

Bibliografía

Agencia de Cooperación Internacional del Japón (1998), *Estudio sobre el manejo de residuos sólidos para la Ciudad de México de los Estados Unidos Mexicanos*, México, noviembre.

Aguayo Quezada, Sergio (2001), *La Charola: una historia de los servicios de inteligencia en México*, Grijalbo, México.

Auyero, Javier (2005), *La doble vida del clientelismo político*. Citado por Crevani.

Baldensparger, H.L. (1979), *The Akron Industrial Salvage Company, a Community Incorporated Waste Savings Experiment*, U.S. Department of Commerce, Washington, DC.

“Bambi” Treviño, Ana Cecilia (1990), *Basura de oro*, Plaza y Valdés Editores, México.

Birbeck Chris (1979), “Self-Employed Proletarians in an Informal Factory. The case of Cali’s Garbage Dump”, *The Urban Informal Sector*, Pergamon Press, Reino Unido.

Castillo Berthier, Héctor (1990), *La sociedad de la basura: caciquismo en la Ciudad*

de México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México.

— (1984), *El Tiradero: antropología de la miseria*, Edamex, México.

— et al. (1995), *Retos y propuestas para la coordinación metropolitana*, UAM, México.

— (1997), *Basura y sociedad contemporánea. Estudio de caso en 18 municipios del Estado de México integrantes de la ZMCM*, México (mimeo).

— (2003), "Garbage, work and society", *Resources, Conservation and Recycling*, Elsevier, Irlanda, pp.1-18.

Crevani, Estevan (2005), *Medios de comunicación, partidos políticos y representación: un escenario complejo*, Universidad de Argentina.

Communauté Urbaine de Dakar (1986), *Etude des systemes de gestion des déchets et de récupération des ressources dans la zone métropolitaine de Dakar*, (mimeo), BCEOM, septiembre.

Conapo (1995), *Zona Metropolitana de la Ciudad de México*, mimeo.

DGSU (1998), *Informe sobre residuos sólidos*, mimeo.

González Gómez, Francisco (1998), *Entrevista inédita al director general de servicios urbanos del gobierno del Distrito Federal*, México, diciembre.

Gobierno del Estado de México y Departamento del Distrito Federal (1995), *Infraestructura metropolitana para el control de los residuos sólidos*, México (mimeo).

Hoy S.M. & M. C. Robinson (1979), "Recovering the Past: A Handbook of Community Recycling Programs, 1890 -1945", *Public Works Historical Society*, Chicago, Estados Unidos.

INEGI (1994), *Estadísticas sobre Medio Ambiente*, México.

Martínez Assad, Carlos (2000), "Caudillismo", en Baca Olamendi, Blanca, Fernando Castañeda e Isidro H. Cisneros (coords.) (2000), *Léxico de política*, FCE/ Flacso, México, pp. 29-31.

Munk, Gerardo (2005), *La desagregación del régimen político*, pp. 211. Citado por Crevani.

Neamatalla S. Morir et al. (1985), "Solidwaste Collection and Recycling in Cairo", *A System in Transition* (mimeo).

Ortega Riquelme, Juan Manuel (2000), "Corporativismo", en Baca Olamendi, Blanca, Fernando Castañeda e Isidro H. Cisneros (coords.) (2000), *Léxico de Política*, FCE/ Flacso, México, pp. 107-109.

Pérez, Pedro (2005), *Actores sociales y gestión de la ciudad*, pp. 5-7. Citado por Crevani.

Reyes Luján, Sergio y Alicia Ziccardi (comps.) (1998), "Ciudades latinoamericanas modernización y pobreza", *XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología de América Latina y el Caribe*, PUEC-UNAM, México.

SCS Engineers (1974), *Analysis of Source Separate Collection of Recyclable Solid*

Waste: Separate Collection, prepared for resource Recovery Division, U.S. Environmental Protection Agency, Washington DC.

Small, E. William (1970), *Third Polution*, Praeger Publishers, Inc., Nueva York.

Schmitter, Phillippe (1994), "Still the Century of Corporativism?", *The review of politics*, enero, pp. 85-131.

Wayne, A. Cornelius (1972), *A Structural Analysis of Urban Caciquismo in Mexico*, *Urban Anthropology*, vol. I (2), Massachusetts.

— (1972), "The Cityward Movement: Some Political Implications", *Changing Latin America*, Academy of Political Science, Columbia University, Nueva York.

Weber, Max (1944), *Economía y Sociedad*, FCE, volúmenes I y II, México.